

DE LOS DESACUERDOS DE UCD AL ACUERDO DE SUAREZ

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA concesión del Estatuto de Autonomía del País Vasco, aprobado unánimemente por todas las fuerzas democráticas, es una de las más importantes y decisivas victorias del proceso democrático desde que murió el dictador. Sin ninguna duda, cierra el paso, al menos de momento, a una de las más peligrosas operaciones involutivas del último trienio. La maniobra desarrollada durante estos dos últimos meses por un amplio bloque antidemócrata abarcaba desde la extrema derecha a los llamados "juristas" del partido gubernamental, que buscaba descabezar la presidencia del Gobierno —a través de la instrumentalización del problema vasco— para imponer una salida portuguesa, deja reducida a la nada a las demás conspiraciones habidas a lo largo de la transición. La batalla del verano se ha decantado del lado de la democracia.

Factor clave en este desenlace ha sido el presidente del Gobierno. Como era de prever desde que a mitad de mayo supo empezar a corregir su principal error político consistente en pactar con los neofranquistas después del primero de marzo, Adolfo Suárez impuso finalmente el acuerdo frente a la línea de desacuerdo elaborada por los reaccionarios de su propio partido. A través de la doble negociación que mantenía paralelamente con el principal líder del PNV, ha desbloqueado el "impasse" de la ponencia constitucional. En este sentido, la práctica inexistencia de una estructura de partido y el acusado personalismo presidencial han servido para que los partidarios de una negociación política hayan superado a los que antidemocráticamente

defendían una negociación jurídica. Las evidentes divisiones de los representantes gubernamentales, bien palpables para los negociadores vascos, eran rápidamente zanjadas desde el palacio de la Moncloa.

Ello supone, partiendo desde el telón de fondo de una impresionante victoria de la democracia, un innegable triunfo social de la fracción democrática de la derecha y un no menos constatable éxito personal de Adolfo Suárez. Sin ninguna duda, este sector de la derecha, que es el que cuenta con la más brillantes y lúcidas personalidades de todo este bloque social, ha encontrado en este político un auténtico trébol de cuatro hojas. Si ya en el momento de su nombramiento como presidente del Gobierno en julio de 1976 esto era evidente, lo ocurrido en estos días nos confirma en nuestras primeras impresiones de hace tres veranos. Independientemente de sus altibajos pasados, el error del primero de marzo fue gravísimo, y de los venideros, la derecha ya puede irse dando con un canto en los dientes para encontrar a otro hombre con mayor capacidad política.

Una salida decisiva

Aunque este acuerdo democrático no sea en sí la solución a un conflicto histórico, sí es una salida decisiva hacia ella y hacia lo que todavía es más importante, considerado desde los intereses de clase de la derecha, el desbloqueo del "impasse" político general consecutivo a la equivocación del primero de marzo. Impidiendo que el tema vasco puede taponar el desbloqueo de la salida política

general de la burguesía, esta clase social recupera la perspectiva global y las coordenadas de futuro que el 1 de marzo había por completo olvidado. A lo largo de un mes, el que va desde unas elecciones a otras, era imposible comprender la situación política —a no ser que la derecha globalmente apostara por el retorno a la dictadura— hasta que los resultados y consecuencias de las elecciones municipales ayudan a retomar el hilo analítico conductor de este proceso político dirigido por, desde y para la derecha. Con la aprobación del Estatuto de Autonomía esta fracción hegemónica de la derecha ha impedido que este hilo recuperado sea cortocircuitado por los partidarios de una solución portuguesa.

Aparte de que esta salida en concreto es protagonizada por la derecha democrática vasca que se nuclea en torno al Partido Nacionalista Vasco. A pesar de que esta organización ha mantenido una actitud democrática total,

manteniéndose en contacto con el resto de las fuerzas vascas, es un hecho objetivo que el grueso de las negociaciones ha corrido a cargo de los hombres del PNV. Esto, que no disminuye en un ápice la importancia y validez del texto, tiene, sin embargo, su rentabilidad política y electoral innegable. Y es que, de momento, el País Vasco aparece fuertemente encuadrado y dirigido por la derecha nacionalista y democrática vasca. Es decir, no sólo ha logrado dar salida, sino que sea protagonizada por esta fuerza social.

Por supuesto que, como señalábamos anteriormente, esto no es más que un comienzo de salida y que los problemas continuarán. Predicción segura que hay que encuadrar en el marco de este Estatuto de Autonomía. A partir de ahora existe ya un cuadro democrático que recoge amplia y generosamente las reivindicaciones nacionalistas, en el que los propios vascos tendrán que debatir sus problemas. Buen índice de ello es el aislamiento de Herri Batasuna, unido a su lógica división interna, ante un texto que los deja completamente solos en compañía de los seguidores de Blas Piñar.

Un paquete de medidas

Por ello, su limitación principal no está ni va a estar en el mismo interior, o seno del País Vasco. Por el contrario, va a residir fuera, en el resto de España, el principal peligro para esta conquista democrática. El Estatuto de Autonomía, tremenda paradoja para los autonomistas, está estrechamente vinculado con lo que vaya sucediendo prácticamente en Madrid. Al no





La Comisión Constitucional del Congreso, presidida por Emilio Attard, campanilla en ristre.

poder ser más que una medida democrática inserta en un paquete global de medidas, su suerte será la misma que las del resto del paquete. Según avance o no el proceso democrático, será la suerte del recientemente aprobado Estatuto.

Y de todas estas restantes medidas problemáticas, la decisiva es la economía. Muy gráficamente, otra de las grandes cabezas de UCD, Francisco Fernández Ordóñez, tras señalar que estamos "al pie del muro", ha insistido en aclarar que a él no se le mezcla con el programa económico del Gobierno —a presentar dentro de unos días en el Congreso de los Diputados— y a pedir con insistencia un pacto social para salir de la crisis socioeconómica. Particularmente significativo es que este político, quizá el cerebro más brillante y lúcido de la derecha progresista, elogie el acuerdo CEOE-UGT.

Lo que ineludiblemente está unido al denominador común gubernamental de todas estas medidas democráticas: el problema de las alianzas políticas y sociales para alcanzar un Gabinete con autoridad, prestigio y fuerza social parlamentaria. La fracción democrática de la derecha no puede continuar más allá de este otoño con un Gobierno incapaz y con unos apoyos o acuerdos circunstanciales o coyunturales

con el resto de las fuerzas democráticas. Necesita establecer un rumbo programático neto y definido para que el viento socioeconómico pueda, al menos, no soplar en contra en espera de que pueda soplar a favor. La búsqueda de ese rumbo, únicamente posible a través de entendimientos con otros grupos políticos y sociales, es el objetivo inmediato de esta derecha después de dar salida al problema vasco. Porque para resolver el gran problema socioeconómico hay antes que perfilar este rumbo.

Adelantar el debate sobre la OTAN

De ahí que posiblemente, de cara a este nuevo rumbo, el comienzo del otoño se inaugure con la discusión parlamentaria sobre el ingreso de España en la OTAN. En el objetivo de ir allanando el camino podría interesarle a la derecha plantear ahora la cuestión, para eliminar un motivo de fricción posterior, ganar la votación parlamentaria con ayuda del último servicio de Coalición Democrática y salvar la cara de alguno de sus próximos aliados, que se oponen, eso sí cada vez más quedamente, al ingreso de España en la OTAN. Sin olvidar, claro está, satisfacer las presiones norteamericanas que buscan este ingreso antes de que, a

finales de 1980, se celebre en Madrid la Conferencia de Seguridad Europea, con el fin de evitar que se pueda interpretar que la capital española tiene el mismo carácter neutral que Viena o Helsinki, anteriores sedes de dicha Conferencia. Y para lograr estos objetivos, sin problemas, no queda más que el muy corto espacio que va desde la salida del problema vasco a la consagración oficial del nuevo rumbo gubernamental.

No es nada casual que en esta misma semana, nada más resolverse el tema vasco, hayan coincidido dos hombres de UCD —Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores, y Alberto Ballarín Marcial, ponente de la Comisión de Defensa del Senado— en señalar que el ingreso de España en la OTAN será debatido en el Parlamento y que en ningún país se ha sometido a referéndum la entrada de un nuevo miembro en la OTAN, así como que, en cualquier momento, se podía convocar a las Cámaras. "Desde un punto de vista jurídico y constitucional, nada nos impediría tratar inmediatamente de la cuestión en el Congreso y en el Senado en virtud del artículo 74" (A. Ballarín, "Ya", 20-VII-79). Si la izquierda, sobre todo la izquierda en la que se está pensando para el nuevo rumbo de la derecha, no exige la celebración de un referén-

dum, su voto negativo a la entrada en el Congreso sería inútil y gratuito, cuando no enmascarador de un consentimiento tácito.

Así, anticipando un debate sobre un problema de política exterior y defensa para ayudar a salvar la cara de algún probable aliado; dando salida al problema vasco y abriendo la vía del pacto social, todo quedaría abierto hacia ese entendimiento amplio entre una parte de la derecha y otra parte de la izquierda. Este acuerdo, que para el bloque social de la izquierda antes de las elecciones de marzo tenía un carácter político positivo —sobre la base de una presunta equiparación de fuerzas electorales y la unidad de la izquierda más el establecimiento de serias condiciones democratizadoras, como la reforma democrática de la Administración— es ahora tan tremendamente negativo para las fuerzas populares y democráticas como positivo para la derecha. Exactamente lo contrario que ocurría en las vísperas del primero de marzo. De ahí el súbito viraje antimarxista a mitad de la campaña electoral de UCD. Pero eso es otra historia que sólo cabe eludir aquí preguntándonos ¿por qué la derecha busca, en estos momentos con tanto ahínco, lo que desechó a última hora antes de las elecciones generales? ■